

La travesía descubierta

RAFAEL ZAQUEIRA

El poeta cubano Carlos Victoria, que jamás sacó a la luz del día sus versos en Cuba ni en ninguna otra parte, ha publicado recientemente en el exilio de Miami su segunda novela: *La travesía secreta*^m.

Hay ya desde el título la invitación a compartir un itinerario y la reserva imprescindible ante todo secreto. Y por eso la pregunta hay que formularla con sigilo y cautela: ¿por qué es secreta esta travesía a la que nos incita y convida Carlos Victoria? No parece serlo por la simple explicación que Marcos, protagonista en el que concurren autobiografía y ficción, ofrece al final del libro en una carta virtual a Eulogio, el amigo suicida:

"Acabo de tomarme el último trago, pero no voy a botar esta botella: quiero guardarla como un recuerdo. Quizás un día meta esta carta dentro de ella, la lleve a la playa, nade a lo profundo y la deje allí para que las olas la arrastren. Será mi último desvarío de poeta romántico (...) Quizás se quiebre contra las olas de la costa, pero quizás prosiga su

travesía secreta hasta llegar a su destino."

Es que el linaje de los secretos, lo mismo que el del destino, es tan antiguo como inquietante y hermético; no basta la representación hipostática de la palabra para que develen su significado. Además un secreto puede ser muchas cosas y puede ser también una sola por muchas razones diversas y hasta contradictorias entre sí. Tal vez a esto se deba el empeño funambulesco por resucitar a Dios después de que presumiblemente habíamos sido tan listos y eficaces como para haberlo matado. Y como matarlo fue cosa de carnaval, es razonable que en el intento por revivirlo haya gran abundancia de supercherías mesiánicas de carácter folklórico, exótico o personal. Otra

cosa es iniciar una larga jornada de casi quinientas páginas husmeando descarnadamente, sin piedad ni complacencia, en todos los rincones de la biografía y la historia para tratar de encontrarlo.

En cuanto al destino, parece muy difícil que exista alguien que pueda decir qué es o dónde está.

«Es que el linaje de los secretos, lo mismo que el del destino, es tan antiguo como inquietante y hermético; no basta la representación hipostática de la palabra para que develen su significado.»



⁽¹⁾Carlos Victoria. *La travesía secreta*. Ediciones Universal. Miami, Florida, 1994. Colección Caniquí.

De todos modos, siempre resultará una tentación irresistible (suponiendo que existan tentaciones a las que se pueda resistir) saber a dónde conduce un viaje que se anuncia como secreto. Pero primero valdría la pena averiguar si esta excursión es cifrada porque se hace a ocultas, calladamente, de incógnito, o si lo es porque se ignora su punto de llegada (suponiendo que lo tenga y no se trate de un viaje eterno y sin sentido a través del vacío).

Y aunque la exégesis más que una ciencia suele ser una majadería, hay señales en todo texto, incluidos los más irrisorios, que no deben ser pasadas por alto. La primera y más visible de esta señales en esta *travesía* es que transcurre entre el estreno más o menos fallido de una obra de teatro y el intento totalmente malogrado de estrenar otra: *Aire frío*, del cubano Virgilio Pinera, y *La gaviota*, del ruso Antón Chéjov, dos piezas teatrales que ya contienen en sí mismas demasiadas claves y señales.

La puesta en escena de *Aire frío*, que ocupa los primeros cuatro capítulos de la novela, los que refieren la adolescencia del protagonista en Camagüey, "el pueblo de los demonios en el que nadie puede estar tranquilo", según su madre, no se sigue representando porque el director, Eulogio Cabada, es sorprendido por la policía cuando participaba, junto a algunos actores, en una fiesta disipada en la que, desde luego, nada tendría que hacer la policía, a no ser la de Tomás de Torquemada. En el texto se recoge la nota publicada por la prensa local para explicar el suceso:

"Eulogio Cabada, 34 años. Profesión: actor. Individuo peligroso, corruptor, pederasta. Se aprovecha de su popularidad entre los jóvenes para iniciarlos en prácticas homosexuales. También mantenía relaciones sexuales con

«Y aunque la exégesis más que una ciencia suele ser una majadería, hay señales en todo texto, incluidos los más irrisorios, que no deben ser pasadas por alto.»



joven-citas. Su degradación no se limitaba al campo erótico, sino que también inoculaba veneno político en sus víctimas. Un personaje sacado de los tiempos de Nerón y Calígula."

Hay en esta sordidez mucho de la atmósfera emponzoñada que se respira en la casa de la familia Romaguera, a pesar de que el tiempo dramático de la pieza teatral se inicia en 1940, bajo el primer mandato en Cuba de Fulgencio Batista, mientras que en la novela esto ocurre aproximadamente en 1965, cuando la revolución triunfante, encabezada por Fidel Castro, ya le había arrebatado el poder al mismo Batista en su segunda gestión presidencial (esta vez por la vía del golpe de estado) y ya llevaba en el poder más tiempo del que hubiera correspondido a un período administrativo de carácter constitucional.

Ángel Romaguera, el padre de familia en *Aire frío*, es , al igual que Eulogio Cabada (que también viene a ser de alguna manera el padre de familia), un borracho con fuerte tendencia a la promiscuidad y al incesto. Osear Romaguera, el hijo menor de Ángel, y Marcos Velazco, el hijo espiritual de Eulogio, son jóvenes que aspiran a ser poetas a toda costa y por encima de una existencia forzosamente vivida en los recintos de una vulgaridad autoritaria y sentimental. Hay además otras coincidencias aparentemente triviales como el uso del guayacol para aliviar los dolores de muelas, o la referencia a los retretes. Marcos hace su primer viaje a La Habana, viaje que marca el inicio de su travesía y tal vez el verdadero inicio de la novela, sentado en la taza sanitaria de un tren que parece salido de una pesadilla para darse un paseo por el infierno: Ángel Romaguera tiene un amigo que le explica su último invento trascendental: tazas sanitarias para gordos y flacos.

Pero hay todavía más: el propio Virgilio Pinera dijo de *Aire frío* que "es una pieza sin argumento, sin tema, sin trama y sin desenlace"⁽¹⁾, todo lo cual encaja perfectamente con *La travesía secreta*.

En cuanto a *La gaviota*, el empeño por montar esta obra ocupa más de las tres cuartas partes de la novela y no se consigue estrenarla jamás porque "mi niño, en este país cualquiera es policía: hay actores policías, poetas policías, carpinteros policía, amas de casa policías, jubilados policías, secretarios policías, maestros policías, enterradores policías, médicos policías."

Y aunque es evidente que el teatro de Virgilio Pinera y el de Antón Chéjov no tienen casi nada en común, al ser colocados por el novelista en una curiosa yuxtaposición, comienzan a emerger interrelaciones que tal vez hubieran permanecido sumergidas de no haber aparecido *La travesía secreta*.

Es cierto que Chéjov se propuso hacer un teatro de atmósfera, un teatro de incursiones por las realidades más personales y más íntimas, pero es también un teatro en el que los personajes narran sus sueños (en *La travesía secreta* se cuentan más sueños tal vez que en ninguna otra obra literaria), sacan a la luz del sol (no importa que se trate del sol ruso, tan diferente del cubano a pesar de los pesares) sus sufrimientos, sus angustias y la frustración de ser quienes son y de vivir donde y cuando viven. No son, en suma, personajes de acción, como tampoco lo son los personajes de Carlos Victoria, que escuchan sobre todo las voces que ellos mismos tienen dentro y para quienes la única acción posible consiste en el esfuerzo por

conocer y transmitir los tormentos de su interior.

Pero también aquí hay más: cuando se representó por primera vez *La gaviota*, en 1896, en el teatro Alexandrinski de San Petersburgo. Constituyó un fracaso absoluto. La obra fue calificada, entonces, de difusa, amorfa y falta de todo núcleo, y no fue hasta 1898, cuando la estrenó Stanislavski, que se convirtió en un éxito rotundo y en la obra emblemática de la dramaturgia rusa.

Carlos Victoria lleva hoy quince años en el exilio; cuando abandonó Cuba por el llamado puente marítimo del Mariel, hacía ya una década que había quedado atrás aquel episodio insólito que constituyó para los cubanos la primera apoteosis del pregón patriotero: la zafra de los diez millones. Y ahora, un cuarto de siglo después de aquel episodio delirante, *La travesía secreta*, que se emprende en el retrete fétido de un tren que marcha repleto de gente hacia la capital del país, concluye en La Habana cuando se

anuncia oficialmente a toda la nación que aquel esfuerzo irracional que arrastró a un pueblo entero y que se nos dijo que nos convertiría en ricos, tenía el mismo final que los afanes por representar *Aire frío* o *La gaviota*, es decir, la frustración.

Quizás con este recorrido, no tan secreto al fin y al cabo, peregrinación de Pinera a Chéjov, de *Aire frío* a *La gaviota*, de la adolescencia a la edad adulta, de Camagüey a La Habana, de un proyecto social sublime a un descabro cósmico, del vacío hacia Dios, Carlos Victoria solamente haya intentado recordarse a sí mismo y recordarnos a nosotros que no es mirando con

«Y aunque es evidente que el teatro de Virgilio Pinera y el de Antón Chéjov no tienen casi nada en común, al ser colocados por el novelista en una curiosa yuxtaposición, comienzan a emerger interrelaciones que tal vez hubieran permanecido sumergidas de no haber aparecido *La travesía secreta*.»

⁽¹⁾ Virgilio Piñera. Piñera teatral. Ediciones B. La Habana, 1960.

demasiado crédito el entorno político y social, ni mirando con obstinación neurótica el propio ombligo como podríamos (suponiendo que podamos) descifrar las propias incógnitas que como personas y como nación se nos presentan y nos aquejan. Ni Epicuro ni Marx. Un jardín de refinado egoísmo conduce al desamparo en el cielo y en la tierra que sufren los personajes de *Aire frío* o la incapacidad para vivir y a la desesperanza de los personajes de *La gaviota*: un falansterio idealmente organizado para criaturas laboriosas y disciplinadas, conduce a una sociedad cautiva, aburrida y policial.

Él mismo ha dicho que "decidí que sobre todo quería contar mi verdad, sin tantos lujos ni fatuidades ni falsa aristocracia ni artero escamoteo. Tampoco quería apelar a los realismos mágicos, ni descender a la trivialidad del coloquialismo, ni a la prosa trillada, teñida de panfleto, que veía en muchos libros escritos por cubanos y publicados con bombo y platillo en mi pobre país"«.

Es por esa voluntad de "contar mi verdad" que *La travesía secreta*, aunque es una novela que aborda abiertamente y "sin artero escamoteo" la cuestión política, "lo insólito es que este país, su país, se había transformado en parte en un pueblo de delatores", no es una obra de propósitos políticos. Es más bien una novela con la que su autor se ha propuesto la tarea de saldar una deuda con la era del vacío y reconciliarse con un inventario de desilusiones.

Es quizás por eso mismo que al final la novela resulta, como *Aire frío* o *La gaviota*, sin argu-

mento, sin tema, difusa, amorfa y sin desenlace. Porque hay renuncia consciente a inscribirse dentro de la clásica tradición moralista de la novela.

Contar su verdad... Pero tampoco es su verdad lo que nos está contando, porque Carlos Victoria es un escritor que vive en la ciudad de Miami, trabaja de redactor en un periódico, recibe premios literarios y publica sus libros. Es una historia del pasado la que nos cuenta, una historia que ya no existe, y el hecho de contarla ni la reafirma como verdad ni la resucita como episodio, pero sí, y esto tal vez sea lo más importante, a pesar y gracias al cierto carácter autobiográfico de esta novela, sirve para reencontrar el posible rumbo de una travesía que a derechas nadie puede decir que sabe a dónde conduce; nadie y menos aún los que se consideran a sí mismos expertos en rumbos propios y ajenos.

La travesía secreta es una larga reflexión sobre una etapa de la vida del autor y sobre una etapa borrascosa y conmovedora de la vida cubana en un breve período de cinco años, años que van desde los primeros balbuceos por el asentamiento en la Isla de estructuras de gobierno marxista-leninista-stalinista-criollo a la primera evidencia omnímoda de que, como se dice frecuentemente en Cuba, el pez muere por la boca, o de que, como se decía en Praga cuando esa ciudad era la capital de un estado socialista, el mal olor del pescado proviene de la cabeza. Al fin y al cabo todo queda entre peces y los diez millones de toneladas de

«Quizás con este recorrido, no tan secreto al fin y al cabo, peregrinación de Pínera a Chéjov, de *Aire frío* a *La gaviota*, de la adolescencia a la edad adulta, de Camagüey a La Habana, de un proyecto social sublime a un descalabro cósmico, del vacío hacia Dios, Carlos Victoria solamente haya intentado recordarse a sí mismo y recordarnos a nosotros que no es mirando con demasiado crédito el entorno político y social, ni mirando con obstinación neurótica el propio ombligo como podríamos descifrar las propias incógnitas que como personas y como nación se nos presentan y nos aquejan.»

⁽¹⁾ Carlos Vitoria. Un mundo sin orígenes. Revista Ujule. Números 1 y 2. 19940.

azúcar no se pudieron hacer, a pesar de la promulgación apodíctica de tantas consignas.

El ombligo propio siempre es profundo e incierto, aun cuando se haya roto la infinita cadena de cordones umbilicales que nos emparentan a todos; las circunstancias políticas son siempre cambiantes y hay mucho de falacia en ellas. El mismo Carlos Victoria, que pudo ser Osear Romaguera o Kons-tantín Gavrilovich Treplev o Virgilio Pinera o Marcos Velazco o Irina Nikolaievna o tan tos otros, es un escritor cubano exiliado que busca su identidad y su destino desde el extrañamiento y la memoria, desde la certidumbre y el sen-

**«Es una historia del pasado
la que nos cuenta, una
historia que ya no existe, y el
hecho de contarla ni la
reafirma como verdad ni la
resucita como episodio, pero
sí, y esto tal vez sea lo más
importante, a pesar y gracias
al cierto carácter
utobiográfico de esta novela,
sirve para
reencontrar el posible
rumbo de una travesía que a
derechas nadie puede decir
que sabe a dónde conduce.»**



timiento de provenir de un país que ha vivido demasiadas décadas, tal vez siglos, bajo los signos de la represión y del absurdo, desde la zozobra de todas las incógnitas que plantean la música, la demencia, el sexo en cualquiera de sus variantes felices, desdichadas o truculentas, la patria, la familia, el alcohol, la religión, la enfermedad, la vigilancia, las prisiones, el suicidio.

Tal vez esta travesía no sea más que un efímero recorrido dentro de un viaje mucho más largo emprendido únicamente no para tratar de resucitar a Dios, que ya la idea de su muerte está hasta pasada de moda, sino para tratar de encontrarlo.